

Me han dicho, José Manuel,
que así como tocas cantas,
y que donde vos te plantas
no hay quien te quite el laurel.

Aunque leído yo no soy
y mi mollera es muy ruda
a Dios le he pedido ayuda
pa vencerte y aquí estoy.

Vamos, pues, de güeno a güeno
a probar cuál es mejor,
a quién le darán la flor,
o a quién le pondrán el freno.

Si pierdo, juro, y no en vano,
que no volveré a tocar,
pues me cortaré la mano,
y te la daré a guardar;

y de mi vigüela haré
astillas pa la candela.
¿Pa qué quiero yo vigüela
si vences, Matalaché?

Sabe, pues, por esta muestra,
y lo digo sin farfulla:
si pierdo te doy mi diestra;
si gano, me das la tuya.

Mano de Plata terminó su valiente y salvaje reto con un rasgueo culebreante, como si así hubiese querido demostrar que lo que acababa de decir lo rubricaba con su diestra, mientras el público, alborozado y más vibrante que el instrumento que acababa de oír, atronaba el patio con su aplauso unánime y alentador. Don Miguel Jerónimo, repantigado en su sillón, en olímpica actitud, recibía, sonriente el homenaje, agradeciendo, con rendidos movimientos de cabeza, los cumplidos que le dirigían sus amigos y parciales.

—¡Bah! ¡No es para tanto! Aquello es nada todavía—gritaba más confiado que nunca en el triunfo de su esclavo.—¡Eso no vale la pena! . . . Cuando entre en juego verán ustedes lo que es canela y flor de romero.

María Luz, demudada por la dolorosa emoción que le causaban los aplausos y, más que todo, por la intención brutal del reto, que ponía a los contendores no sólo en la alternativa de perder amo y fama, sino de personalizar el duelo, pues conociendo el orgullo de José Manuel, mejor que nadie, sabía hasta dónde era capaz de ir, luchaba por ocultar su pensamiento, y mientras interiormente se enfrentaba a su tragedia, por fuera, representaba con máscara de sonrisa, la comedia del disimulo.